

Salud, solidaridad y sindicatos

A finales del pasado año, y por eso de hacerte mayor, falló mi trabajado cuerpo y recalé 20 días en el hospital de Txagorritxu. El alma intacta, pero el cuerpo se descosturó. Si de algo estoy satisfecho es, aparte de estar recuperado para volver a derriirme, que reconstruyeran el desaguizado. Lo hicieron con paciencia y cariño. Y, lo más emocionante, que todo aquello me lo habían costeado entre todas y todos los vascos.

Era la sanidad pública, la solidaridad a la que todos aportamos para que los que lo necesitemos, lo disfrutemos. Estando ingresado tuvo lugar una huelga que apenas noté, y nadie, de los muchos que aparecieron por la habitación, se dirigió a mí para airear reivindicaciones. Luego leí datos de participación y empecé a tener la sensación de que los sindicatos eran una cosa, y los trabajadores de la sanidad pública vasca, otra.

En mi labor de parlamentario en la Comisión de Salud, llevo tiempo oyendo atrocidades sobre Osakidetza y sus servicios, obteniendo la percepción de que es un servicio tercermundista, deplorable, o con servicios de urgencia atascados hasta la sinrazón. Hasta descubrir mi patología, pasaron unos días en que, como cantidad de vascos, pasé por atención primaria, urgencias, escáneres y resonancias, y puedo asegurar que todo transcurrió con agilidad. Quizás hubo algún pequeño atasco que, en mi reconocimiento de que somos muchos, lo llevé con solidaria normalidad. Ante la dislocación entre lo escuchado y visto concluí que, mientras los que nos cuidan, se esfuerzan sinceramente, sus representantes sindicales nos cuentan verdades distorsionadas, y eso, aún con intención de defender a los trabajadores de la salud o a ciudadanos, es una hipocresía.

No sólo defenderé la legitimidad de los sindicatos, pelearé para que sigan haciendo su trabajo, pero nunca me verán en defensa de actitudes que falsean realidades, ni amparándoles cuando, intencionadamente, confundan condiciones laborales y



•• JOSÉ IBARROLA

condiciones de servicio, ni excusándoles cuando, pretendiendo actuar en defensa de la salud, perjudican a ciudadanos. Porque, aunque la negociación colectiva y la conflictividad laboral sean más viejas que la tos y formen parte intrínseca de la democracia, cuando se plantea huelga los 29 y 30 de abril, se está, en la legitimidad que les corresponde, faltando a una actuación honesta. Esos días corresponden a un largo fin de semana festivo que empalma con el 1 de mayo, y en Araba con el 28, San Prudencio. Todo ello significa que, legislación laboral en mano, ningún trabajador de la salud pública podrá cogerse esos días de fiesta si no es apuntándose a la huelga. En la legitimidad, cuando se actúa con maniobras que artificiosamente apuntan una victoria parcial, se está manipulando la verdad, además de dañar a los trabajadores y a enfermos, que pasan, por unos días, a ser rehenes del conflicto.

No me corresponde injerirme en la negociación entre Gobierno y trabajadores de la salud, pero nadie podrá callarme que piense que sus condiciones son más que dignas, a pesar de que, si antes trabajaban 1592 horas al año, ahora trabajan 1614,5, y eso es perder, y que no les suben el sueldo desde 2011, y que eso también es perder.

También es cierto que, prácticamente, los únicos empleados de Euskadi que disfrutaron de las 35 horas semanales fueron los de la administración vasca, y eso fue ganar, y que si el Gobierno central decretó subir las horas a 1650, en Euskadi su-

bieron 35,5 menos, además de haberse adelantado la eliminada extra de 2012, y que eso, sino es ganar, es menos perder.

No voy a insistir en la crisis que estamos pasando, pero todos somos conscientes de que no es nuestro mejor momento, que el empleo escasea, la recaudación sube despacio y los recursos públicos son justos. Ante esa situación, y ante la de miles de vascos y vascos que lo están pasando mal, los que mejor estamos deberíamos hacer un esfuerzo para seguir aportando todo lo que seamos capaces, sin exigir más que lo que la solidaridad entre nosotros pueda dar.

Alguno se enfadará, y tendrá razón, pero el trabajador público vasco, a pesar de haber perdido en los últimos años, dispone de condiciones laborales y salariales que, sin ser fabulosas, son más que correctas en el entorno social y laboral en el que nos movemos estos años. Se han vuelto a reunir ambas partes, y sólo por hacerlo, la esperanza de acuerdo ha vuelto a fluir. Me consta que el Gobierno Vasco y los gestores de la salud pública ansían aprobar unas óptimas condiciones laborales a los trabajadores de Osakidetza, pero también sé que su trabajo consiste, además de que todas y todos los vascos seamos atendidos en nuestra salud, en ser capaces de gestionar los recursos de que disponen, que no son otros que los que todos los vascos ponemos en sus manos.

Cada época requiere sus esfuerzos o sus alegrías, cada temporada requiere de distintas maneras de afrontar la solidaridad, y a menos recursos, como ahora, más nos necesitamos. Lo mismo que a mí, y a otros miles, nos curan con cargo a lo que todos ponemos, entre todos debemos ser capaces de salir de este atolladero, poniendo cada uno su grano de solidaridad. Estoy seguro de que el Gobierno va a echar el resto, sin poner en riesgo, ni nuestra salud, ni la caja de nuestro futuro. Espero que los sindicatos sean capaces de ponerse del lado de la solidaridad y sepan hacer lo que ya vienen haciendo los trabajadores de Osakidetza: dejarse la piel para curarnos.